Madera de eucalipto quemada

Ennatu Domingo

Madera de eucalipto quemada

Un relato sobre los orígenes y las identidades

Navona

Primera edición
Marzo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL
Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Xènia Pérez
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Moelmo
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-14-2
Depósito Legal B 1495-2022
Impresión Romanyà-Valls, Capellades
Impreso en España

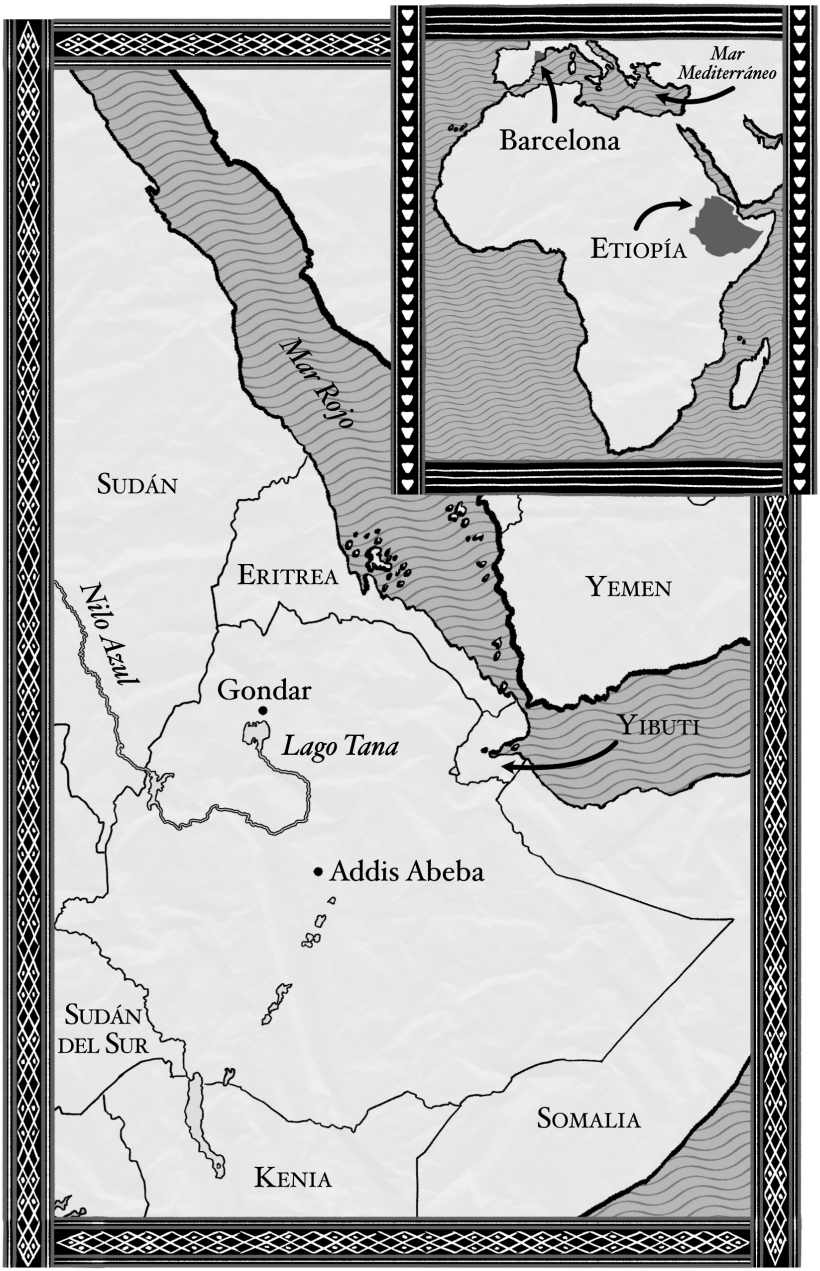
Título original *Fusta d'eucaliptus cremada*
© Ennatu Domingo Soler, 2022
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
Todos los derechos reservados
© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022
© de la traducción: Montse Basté, 2022

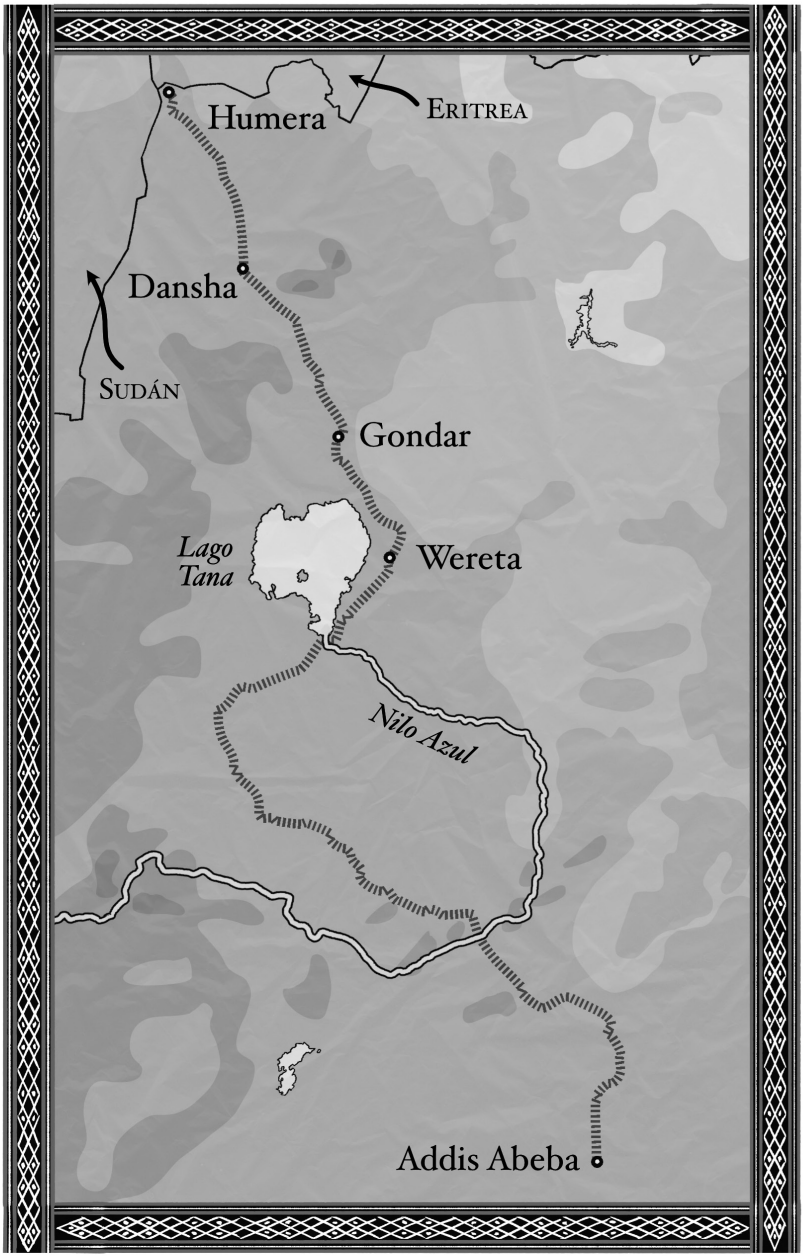
Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando..

Índice

Junto a la ventana 9
Una nueva guerra en el norte 11
El lujo del silencio 21
Bajo la sombra del *warka* 31
Nunca llegamos a casa 47
Sobre la doble identidad 77
La puerta azul turquesa de Gondar 97
La desculturización 119
Los sonidos de la memoria 137
De Nairobi a Addis Abeba 149
El olor a madera de eucalipto quemada 163

Nota de la autora 171
Glosario 173
Agradecimientos 177


Mar Mediterráneo
Barcelona
Etiopía
Mar Rojo
Sudán
Eritrea
Yemen
Nilo Azul
Gondar
Lago Tana
Yibuti
Addis Abeba
Sudán del Sur
Somalia
Kenia


Humera
Eritrea
Dansha
Sudán
Gondar
Lago
Tana
Wereta
Nilo Azul
Addis Abeba

Junto a la ventana

Salimos de Dansha hacia Wereta en un autobús lleno hasta los topes donde hacía mucho calor y apestaba a sudor. El aire era denso, costaba respirar. La carretera de tierra seca era estrecha y cada vez que nos cruzábamos con otro vehículo parecía que nos íbamos a salir de ella. Había muchos baches y el conductor se veía obligado a frenar constantemente para esquivarlos y evitar volcar. El autobús se movía como un barco en medio del océano durante una tormenta. Yo iba sentada al lado de la ventana, con mi hermano pequeño en el regazo; tenía siete años y él tres, pero no me pesaba nada. Mikaele tenía mucha fiebre y estaba tan débil que ya ni lloraba. Aunque si hubiera llorado de sed o de hambre tampoco habría podido darle nada. Ya nos habíamos terminado el *dabo* * y no nos quedaba agua. Viajábamos sin equipaje, solo con un puñado de *birrs*, todo lo que teníamos lo llevábamos puesto. Aunque el cristal estaba bastante sucio, podía ir mirando el paisaje plano que íbamos dejando atrás. Estábamos todavía en la estación seca, pero entrábamos en

* Las definiciones de las palabras en amárico se encuentran en el glosario al final del libro.

la zona más verde, húmeda y montañosa de Etiopía. De vez en cuando avanzábamos a un carro tirado por un caballo, a un grupo de mujeres cargadas con hatillos de verduras en la cabeza o bajo un paraguas para protegerse del sol, andando al lado de la carretera. Los baches y socavones imprevistos me hacían golpear la frente contra el cristal. De repente vi de refilón a un maestro de la escuela de Dansha entre los pasajeros. Solo había asistido a clase un día, el único día de mi vida y, probablemente, no me reconocería pero, por si acaso, me cubrí la cara con mi *netela* de algodón blanco y estreché a Mikaele contra mi pecho. No quería que me preguntase cómo estaba mi madre. ¿No era evidente que estaba muy mal? Yamrot, sentada a mi lado, acababa de vomitar en el pasillo del autobús y la gente a nuestro alrededor nos miraba con asco. Tosía mucho y su *netela* estaba llena de manchas de sangre. Nadie se había ofrecido a ayudarnos. En aquella situación de poco habría servido su ayuda, el estado de Yamrot parecía irreversible. El autobús se dirigía a Gondar. Yo sabía que de Dansha hasta Wereta se tardaba dos días y que Gondar estaba a medio camino. Quizá tendríamos que volver a pasar la noche en la parada del autobús y esperar el siguiente. Pero lo que yo ignoraba era que aquella carretera polvorienta me llevaría a un destino imposible de imaginar en aquel momento.

Una nueva guerra en el norte

El 4 de noviembre de 2020 me desvelé de madrugada en un pequeño y acogedor apartamento del centro de Bruselas. Afuera estaba completamente oscuro y las calles de la ciudad totalmente vacías y en un silencio absoluto. Los cristales de la habitación se habían empañado. Saqué una mano de debajo del edredón para coger el móvil de la mesilla de noche. Guiada por unos movimientos casi automáticos de mis dedos abrí el Twitter.

«El primer ministro de Etiopía, Abiy Ahmed, ha ordenado una intervención militar en el Tigray»,* leí en un tuit que se iba viralizando. El mundo entero estaba pendiente de las elecciones en Estados Unidos, donde Joe Biden y Donald Trump se disputaban la presidencia de los cuatro años siguientes. Y el Tigray, uno de los diez Estados de la federación etíope, se había quedado sin conexión a internet. *Blackout*. Fundido a negro, sin acceso a la información. Yo ya no volvería a dormirme. Sabía que aquel tuit, en pocas horas, sería ampliado por los medios de comunicación internacionales. Se me ten-

* Aunque en castellano se denomina Tigré, la autora ha decidido mantener el nombre amárico en todo el libro.

saron los músculos, preveía que muchos no podríamos hacer nada más que observar cómo aumentaba el número de muertos, cómo se manipulaba la información que iría apareciendo con cuentagotas y nos llevaría a perder el hilo conductor de los acontecimientos. Y finalmente llegaría el silencio, que dejaría espacio para reflexionar y abriría paso a la siguiente ola de violencia. Parecía un cubo de agua lleno de agujeros y nos faltaban manos para taparlos. Un patrón de conducta que se había vuelto endémico en el país, difícil de romper.

El gobierno central etíope decía que el TPLF (como se conoce al Frente de Liberación Popular del Tigray) había atacado la base militar instalada en Humera, que era una de las que tenía un mayor número de soldados, artillería y material bélico. La razón de la importancia de esta base militar era su proximidad con Eritrea, que representaba la mayor amenaza hasta hacía poco. Aunque la guerra con Eritrea, iniciada en 1998, había terminado en 2001, la base militar estaba equipada por si se producía algún ataque en la frontera y, por lo tanto, siempre se había mantenido activa. Atacar la base militar etíope suponía un ataque a Etiopía y a su unidad. Pero ¿se trataba realmente de un ataque preventivo del TPLF? Desde hacía meses había quedado claro que el gobierno central etíope quería destituir al gobierno del Tigray, de donde provenía la élite que llevaba tres décadas gobernando Etiopía y que se resistía al cambio de *statu quo* resultante de las reformas políticas que llevaron a la ad-

ministración de Abiy Ahmed al poder. Además, pocos días antes del ataque a la base militar, se habían visto soldados etíopes acercándose a la frontera del Tigray. El gobierno federal recuperó el control militar de Dansha, de Humera y de Mekele, la capital del Tigray, pero prosiguió una guerra de guerrillas de miembros del TPLF junto con soldados eritreos.

A los veinticuatro años me encontraba a más de cinco mil kilómetros de distancia de Etiopía, los pueblos de mi infancia estaban siendo bombardeados y nunca me había sentido tan confundida sobre mis raíces. Ni tan decepcionada e ingenua por haber pensado que el camino hacia la estabilidad política etíope, clave para su desarrollo, sería fácil. Al parecer el gobierno federal y el del Tigray habían llegado a la conclusión de que para construir la Etiopía democrática y próspera que anhelaban —y que tanto pedía la gente—tenían que autodestruirse en una batalla en pos de la hegemonía política.

Era la primera vez que veía Dansha y Humera convertidas en noticias internacionales. Se me encogía el estómago. Una sensación que había aprendido a reconocer porque me obligaba a redefinir mi identidad, a reordenar y tensar mis vínculos con mis raíces. Me esforzaba por recuperar las imágenes de las calles de Dansha y Humera que mi mente había borrado hacía ya demasiado tiempo. Había oído decir que solo el dolor te puede conectar con los recuerdos perdidos, y yo lo había racionalizado hasta tal punto que una imagen de una mujer

llevando a un niño medio dormido en la espalda me causaba un nudo en la garganta y me llenaba los ojos de lágrimas. Una imagen que habían explotado los periodistas oportunistas occidentales, pero que también yo llevaba grabada en mis entrañas, a modo de reflejo de una escena del pasado. Se me nublaba la vista, no podía seguir leyendo y cambiaba de artículo.

U

En julio de 2003, con siete años, en Addis Abeba, la capital de Etiopía, expliqué a mis nuevos padres, Anna y Ricard, que yo había vivido en Dansha y en Humera. Sus amigos etíopes Kumbi y Teddy nos hacían de intérpretes. Hablaban un castellano impecable con acento cubano, por ser hijos de militares, huérfanos, que habían sido enviados a Cuba a estudiar en los años setenta dentro de una especie de programa de intercambio entre países comunistas ideado por Fidel Castro. Mientras ellos sugerían que quizá procedía de Welkait, una zona administrativa del Estado Amhara que se había anexionado al Tigray durante el liderazgo del TPLF, y que durante la guerra de 2020 los militares amharas habían recuperado, yo les repetía que había trabajado en los campos de algodón entre Dansha y Humera con mi madre, Yamrot. Cuando nos quedaba un rato libre entre todos los trámites burocráticos que Anna y Ricard debían cumplimentar para adoptarme legalmente, recorrimos la

ciudad en busca de un buen mapa en el que poder situar correctamente mis pueblos. Yo entonces no sabía lo que era un mapa. No sabía ni leer ni escribir. Fue difícil encontrar uno que mencionara aquellos dos topónimos: Dansha y Humera. Parecía como si no existiesen, pero yo insistía en que eran mis pueblos. Nunca había tenido tan claro quién era y de dónde venía. En la Ethiopian Mapping Authority nos pidieron una carta de solicitud para obtener el mapa, que explicáramos por qué lo queríamos. Hacía apenas tres años que había terminado la guerra directa con Eritrea. Las bases militares todavía estaban activas porque el Tratado de Paz de Argel únicamente había conseguido que los dos bandos, el eritreo liderado entonces por Isaias Afewerki y el etíope encabezado por Meles Zenawi, cesaran las hostilidades para tratar de alcanzar un acuerdo que delimitara la frontera entre el nuevo Estado eritreo independiente y Etiopía. Concretamente, se disputaban un pueblo llamado Badme, que había sido asignado a Eritrea por la Comisión de Límites entre Eritrea y Etiopía pero que, según los etíopes, pertenecía a su jurisdicción, a pesar de que Eritrea lo había utilizado como enclave estratégico para controlar la frontera. Más adelante, la pérdida de Eritrea y del acceso al mar Rojo serían trascendentales para Etiopía puesto que, como país sin costa, dependería de los puertos aledaños para acceder al mercado mundial.

Me fui de Etiopía con un mapa oficial en la mochila en el que había marcado las localizaciones más significa-

tivas de mi corta vida ahí. Del sur hacia el norte, señalé Wereta con un círculo (porque siempre me habían dicho que era mi lugar de nacimiento), Gondar, Dansha y Humera: una línea hacia el oeste, entre la frontera etíope con Eritrea y Sudán. Con siete años había dicho adiós a todo lo que conocía. Mirando por la ventanilla del avión de Ethiopian Airlines cómo se encogía la gran Addis Abeba, me iba alejando de mis paisajes con la sensación de que ya no me quedaba nada y de que nunca regresaría allí.

ሀ

Regresé a Dansha de nuevo con Anna y Ricard en 2006, tres años después de haberme ido de allí, en el que fue mi primer viaje de retorno. Tenía diez años y ya no recordaba siquiera mi calle ni la casa donde había vivido. Que la memoria estuviera tan bloqueada siempre me ha hecho pensar en la fragilidad de la mente humana. ¿Quién sería yo sin la complejidad de mi identidad? Seguramente no percibiría el mundo como lo hago, seguramente no tendría las ambiciones que tengo, seguramente estaría más tranquila y no me darían tanto miedo ni la miseria ni el fracaso.

Mis padres insistieron en que teníamos que ir hasta Humera para poder visitar todos los lugares de mi infancia nómada. Llegamos allí después de recorrer muchos kilómetros de carreteras complicadas, desde Addis Abe-

ba. Estábamos agotados emocionalmente y físicamente. Un sentimiento de calma se apoderó de mí cuando supe que ya no podíamos ir más allá, porque en Humera terminaba Etiopía y teníamos que pararnos forzosamente. Aquella fue mi primera vez en Humera. Con Yamrot no llegamos a entrar nunca porque nos quedamos en las afueras, trabajando y viviendo acampados en los campos de algodón. No sé cuánto tiempo pasamos allí. Seguramente menos de lo que me imagino. Por lo tanto, no recordaba mucho de Humera, que es un nombre que se ha convertido en un referente icónico de mi historia, un punto de referencia, como los faros. Tenía diez años y me enfrentaba a mi pasado por primera vez; pasaba por el duelo, recuperando sensaciones e imágenes. Fue entonces cuando descubrí que Humera era una ciudad fronteriza entre Etiopía y Eritrea, y que era muy distinta del Estado Amhara donde muchos me habían reconocido como una más. De noche, en algunas casas quemaban incienso y su intenso perfume lo envolvía todo.

Pasear por el mercado era muy agradable, con los puestos de naranjas apiladas, los de los plátanos colgando de un cordel, y los de los utensilios de cocina hechos a mano, de madera, latón o con latas recicladas y fibras vegetales de todo tipo. Siempre con Kumbi, que nos acompañó todo el viaje haciéndonos de intérprete, y con Derriba, el chófer del todoterreno. Dudo mucho que hubiéramos ido hasta allí de haber sabido la inseguridad que reinaba en la zona. De hecho, acabamos durmiendo en la base de

la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con nuestro *jeep* aparcado junto a los tanques de color blanco y otros vehículos blindados que utilizaban los llamados cascos azules.

Una tarde nos sentamos a la entrada de un pequeño *bunna bet*, en la calle, y Kumbi, Ricard y yo nos pusimos a jugar a las damas sobre un tablero hecho de cartón y unas fichas que no eran más que chapas de botellas de Mirinda y de Pepsi. Yo estaba tranquila porque se trataba de un lugar que no me reconocía, que yo no tenía que reconocer. Ni la ciudad ni su gente me reclamaban, ni yo a ellas. Yo todavía estaba en *shock* por haber perdido la herramienta para comunicarme: el amárico. Me sentía en falso. Una traidora. Era etíope pero quizá ya no, intentaba ser etíope pero quizá ya no lo parecía.

ሐ

Cuando empecé a darme cuenta de que haber pasado más años en Cataluña que los que había podido vivir en mi país de origen implicaba que mi cultura catalana y europea se iban imponiendo sobre mi identidad etíope y africana, el tema del desarrollo humano empezó a interesarme más. Me costaba comprar el discurso del victimismo, el cual significaba contar mi experiencia según la narrativa de la culpa, de la individualidad y de la gratitud. Un discurso que me hacía sentir muy pequeña. La culpa, porque en la sociedad de la que procedía la

ayuda humanitaria en el fondo no había ninguna intención de querer rectificar una desigualdad estructural, sino solo de ejercer la caridad para satisfacer su propia conciencia, en un intento de equilibrar un sistema no igualitario del cual se beneficiaban. La individualidad, porque yo me limitaba a intentar comprender por qué me había tocado vivir fuera de Etiopía a mí, y no a otra niña de Kombolcha, de Desi o de las calles de Addis Abeba. Cuando la pregunta correcta era: ¿por qué nosotras y por qué todavía? Y la gratitud, un discurso que te obligaba a dar las gracias por haber podido marcharte, por haberte salvado de un mundo «bárbaro, pobre e ignorante». Un discurso que te dejaba atrapada en el papel de víctima. No obstante, la realidad es siempre más compleja. Sentía que me habían desarraigado y «trasplantado» a una sociedad en la que prácticamente me resultaba imposible encontrar modelos. Por eso, yo siempre me he resistido a ser lo que me había tocado ser. Cuanto más «salvaje», más conectada me sentía con la niña de las montañas de Wereta que todavía llevaba dentro. Quizá sin quererlo había iniciado una resistencia silenciosa. Resistencia al olvido. Que en ciertos momentos también se convertiría en una resistencia en contra de mí misma y en contra del nuevo mundo que tenía ante mí.